

## DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL SR. D. D. ANTONIO GÓMEZ RESTREPO

en el acto solemne de la entrega del retrato del D. D. Carlos Holguín al Excelentísimo señor Presidente de la República, el día 11 de julio de 1932.

Honrado por la familia de don Carlos Holguín con el encargo de representarla en este acto, cúmpleme, ante todo, agradecer de la manera más efusiva y cordial, en nombre de todos sus miembros, este solemne homenaje; y manifestar que los deudos de Holguín guardarán imborrable y cariñoso recuerdo de la gentileza con que el Jefe del Estado ha querido dar acogida al retrato de su insigne antecesor; de la gallarda actitud de la Asamblea de Cundinamarca que, al cabo de treinta y ocho años de muerto Holguín, ha reiterado su propósito de que se cumpla la ordenanza dictada entonces para honrar su memoria; y por último, del elocuente discurso que acaba de pronunciar el doctor Julio H. Palacio en nombre de dicha corporación y en el cual ha trazado el retrato de aquel insigne patriota, con vigorosas y valientes pinceladas y con el calor que él pone cuando habla de personajes que conoció y a quienes rinde el tributo de su admiración.

No pretendo repetir con frases incoloras lo que ya está muy bien dicho. Pero ¿cómo podré olvidar que en este mismo sitio tuve la honra de estar cerca del doctor Holguín, en un puesto de confianza que él me otorgó cuando yo no había llegado a la mayor edad; y que durante todo el período de su administración pude apreciar lo que valía como hombre público, como magistrado, como caballero y como jefe de un hogar admirable?

Porque ese hombre, cuyo aspecto elegante y marcial apostura, imponían respeto y daban la impresión de un magnate, perteneciente a una vieja aristocracia europea, era en el trato familiar y en la vida íntima el ser más natural y sencillo, el más ajeno a toda afectación de superioridad, el más campechano de los contertulios, sin descender jamás del nivel de la más completa distinción, sin que al despojarse el hombre público de su investidura oficial, se descubriese otra cosa que el cumplido caballero.

Fue Holguín uno de esos tipos de selección que ha dado la República y que, formados muchos de ellos en épocas oscuras para la patria, en que el único esplendor que sobre ella se reflejaba era el de los fogonazos de las discordias civiles, tanto más enconadas cuanto más angustiosa era la general estrechez, se levantaron por su propio esfuerzo a la altura que ocupan los hombres superiores en países de civilización secular. Había gran desproporción entre esas figuras proceras y el medio en que les tocó desenvolverse y actuar. Hubieran sido ilustres estadistas y diplomáticos y oradores en cualquier país europeo; y fueron, en todo caso, testimonio vivo de la sabia fecunda que bulle en las entrañas de nuestra joven e inquieta democracia y de cuanto puede dar de sí esta tierra, cada vez que el arado de la cultura abre un surco en su superficie atormentada.

Pero las circunstancias mismas en que nuestros hombres ilustres se movieron, fueron parte a que tuvieran ellos que desarrollar múltiples actividades y ejercitarse en las más diversas disciplinas, con ese poder de adaptación que recuerda a aquellos personajes del Renacimiento, que parecían dotados de muchas almas. No es aquel esfuerzo continuo y perseverante, en una dirección única, que suple al genio con la constancia y que permite realizar esas carreras armónicas, que de

modestos principios conducen hasta las más altas cumbres. Es la improvisación genial, la rápida conquista de los campos más diversos, en los cuales se pone el pie, no con la timidez del novicio, sino con la seguridad de quien pisa terreno propio.

Todo esto podemos verlo brillantemente comprobado en la vida de Holguín, empezada y terminada para la política en el seno del Congreso, pero llena en ese espacio de tiempo, de grandes alternativas y vigorosos contrastes. Presidente del Senado a una edad en que los jóvenes no han abandonado todavía los claustros, orador elocuente y temible polemista en la prensa periódica, es soldado de ocasión en defensa de su causa y del orden constitucional; pasa de una prisión a una curul de la Cámara; es compañero de Gutiérrez Lee en el campo de batalla, en donde queda herido de muerte esta alta esperanza de un régimen moribundo; y acompaña en su gloriosa caída al integérrimo Gutiérrez Vergara; combate con la palabra y con la pluma, a adversarios formidables y cuando su causa parece más vencida, descubre, con ojo avisor, de verdadero estadista, la luz remota que puede guiar al triunfo. De su cátedra de derecho, de su bufete de abogado, pasa a la diplomacia; y se presenta, en Londres y en Madrid, con el esplendor cortesano de un diplomático de carrera; conquista las simpatías de Alfonso XII con las primeras palabras que le dirige; apadrina en asociado de la Reina Isabel de Borbón, al hijo de uno de los hombres más célebres del siglo, Fernando de Lesseps; alterna de igual a igual con los grandes escritores españoles y deja en muchos de ellos tan imborrable recuerdo que persiste entre los suyos al través de tantos años. En la casa del inmortal Alarcón aún se guarda, en lugar preferente, el retrato de Holguín como el de uno de los mayores amigos de la familia. Vuelve al país y en rápido ascenso llega a la Presidencia de la República, que desempeña

por reiterada elección; y al fin, vencido por el dolor físico y por el engaño, como vuelve el león a morir, en la caverna que oyó sus primeros rugidos, volvió al asilo augusto del Senado e hizo oír allí los últimos acentos de su voz, siempre vibrante, como toque de clarín que convoca a la lucha cívica a los hijos de la República.

¡Hermoso espectáculo el de esta existencia animada en toda su novelesca variedad, por ese «hervir vividor», que es propio de ciertas naturalezas exuberantes! Hay que admirar en ella, no pocos rasgos característicos. Uno de ellos, el valor que tanto enaltece a los hombres; valor personal que lo hizo arrostrar impávido, peltros de muerte y ponía en sus labios una sonrisa en los momentos de más trágica ansiedad de las luchas políticas y parlamentarias; valor civil para asumir responsabilidades, cuando era preciso, para arrostrar el desvío de muchos de sus copartidarios y sufrir sus dicitos, cuando los llevaba en el camino del triunfo; valor moral, para hacerse superior al éxito y no dejarse embriagar con la victoria; para no flaquear ante la adversidad, ni ceder, en los días prósperos, a ninguna tentación de venganza. Sin presunción confesaba, que nunca había experimentado la sensación del miedo. Cuando se desataron sobre él vientos impetuosos, artificialmente concitados, se mantuvo con la frente erguida como para mostrar que el roble gigantesco no se rinde ante el sople insolente de las ráfagas amotinadas y sólo entrega su follaje cuando lo toca el rayo del cielo, que hiere pero que también consagra y da al tronco hendido una especie de religiosa majestad.

Y al lado de su valor, brillaba su lealtad. El artificio y el engaño maquiavélicos no hallaron sitio donde alojarse en su espíritu generoso. No obstante la larga experiencia mundana que adquirió en su trato con hombres de todas las esferas sociales, un fondo ingenuo y confiado persistió en la base de su carácter, por obra

de su buen corazón. De aquí grandes decepciones compensadas, eso sí, con el hondo afecto que inspiró a copartidarios y amigos; de aquí cierta imprevisión con que presentaba el pecho, sin temor a heridas que fácilmente hubiera podido esquivar. Fue leal a su fe, a su patria, a su causa; fue leal con los suyos; fue leal a la amistad. Su lealtad cooperó con su visión política en un momento decisivo para su partido. La ciudad de Bogotá hubiera podido prestarle el título con que la honró el Rey de España, de muy noble y muy leal.

Entre los dones de Holguín sobresalió el de la elocuencia, y su actitud de orador es la que inmortalizó el pincel de Garay en este lienzo. Desde el primer día ocupó puesto de honor entre los oradores colombianos, y esta preeminencia no se la negó nadie, ni aun sus más encarnizados contrarios. Había nacido para conductor de hombres. Donde más cruda era la lucha, allí estaba él, con su figura marcial y su voz de tonos agudos, su rostro encendido que recordaba, por sus ariocráticas líneas, el del tercero de los Napoleones; pero sin la mirada vaga e indecisa de este soñador coronado, sino con todo el fuego de una decisión irrevocable. Tremendo en el ataque, no hacía cuenta del número y la calidad de sus adversarios; en esos momentos, hacía recordar la bella frase con que Edgar Quinet caracterizó al gran tribuno español don Joaquín María López: «Con el cuerpo echado adelante, pronta a embestir la frente, la mano derecha extendida, cual si quisiera tomar cuerpo a cuerpo a sus adversarios, recordóme al toro español, cuando abierto el toril, salta a la arena». Otras veces esperaba Holguín la arremetida del contrario y la paralizaba con una frase irónica, con una salida cáustica, con un recuerdo histórico aplastante; con ese dón de la réplica instantánea, que no todos los oradores poseen. No era su oratoria florida y rotunda, como

la de Castelar; prefería a una bella imagen, uno de esos rasgos agudos que penetran como una espada en las carnes del contrario. Pero serenado el ambiente y terminado el debate, Holguín alternaba familiarmente con los insignes oradores con quienes había tenido que luchar; varios de ellos fueron sus grandes amigos; y no era raro que después de haberse disputado el terreno palmo a palmo en una lucha de ideas en el Congreso, Holguín y dos o tres de sus colegas terminasen la velada disputándose el triunfo en el viejo juego español, cuyos secretos conocía aquel tan perfectamente como los recursos de las luchas parlamentarias.

Y cuando Holguín sentíase fatigado del tráfago de sus campañas de periodista y de hombre público, hallaba en su hogar, para iluminar su espíritu, el suave calor del afecto de su esposa, que fue su dignísima compañera y que estuvo siempre a la altura de la misión que le tocó cumplir. Fue doña Margarita Caro una mujer superior, que parecía nacida en las gradas de un trono. Su figura pedía el mármol; tal era la sencilla majestad de su continente! Su clara inteligencia era un reflejo de la de su padre, el inmortal José Eusebio Caro. Había en su corazón tesoros de bondad y de dulzura; y durante la administración de su esposo ejerció el ministerio de la misericordia. Fue una de esas grandes damas, que han contribuído a dar un sello imborrable de nobleza a nuestra sociedad; cuya serie empieza desde la Colonia y se continúa hasta el día de hoy, en esas antiguas y cristianas estirpes que son timbre de la patria.

No podría terminar sin hacer un recuerdo relacionado con el actual Jefe de la Nación que benévolamente me escucha. En el día en que él nació a la celebridad lo vi yo llegar al pie de los balcones de este palacio y apostrofar al egregio e inolvidable don Jorge Holguín, accidentalmente encargado del Poder Ejecuti-

vo, evocando la memoria de su hermano don Carlos, como la de un paladín de las ideas democráticas. ¿Pudo imaginar el joven y ardiente tribuno que, andando los años, habría de tocarle acoger en esta mansión, como Presidente de la República; el retrato de su eminente antecesor? Tal vez no tuvo ocasión el doctor Enrique Olaya Herrera de conocer personalmente a don Carlos Holguín; pero en 1910 se encontró en el seno de la Asamblea Nacional con el hijo de éste, heredero de su nombre y de su gloria, el nunca bastante llorado Hernando Holguín y Caro. Ocupaban campos diversos; estaban más distanciados en ideas de lo que hoy quizás lo estarían, porque la experiencia es un libro abierto, lleno de sabias lecciones para la miraba perspicaz de los verdaderos hombres de Estado; así como es el libro de los siete sellos para los criterios estrechos y los espíritus impermeables. Muchas veces partieron el campo en leal contraste de convicciones los dos elocuentes parlamentarios, pero otras muchas marcharon unidos en la defensa de grandes asuntos de interés nacional y se inició entre ellos una amistad sincera, basada en la mutua estimación, de la cual dio emocionado testimonio el doctor Olaya Herrera delante de la tumba de Holguín, pronunciando en nombre de la Cámara de Representantes un hermoso discurso en homenaje a su antiguo colega, cuya inesperada muerte consideró como una gran pérdida para la patria.

Se dice que las democracias son ingratas; es verdad; y además de ingratas suelen ser crueles con sus grandes servidores. Viejo achaque de la humanidad, pues ya Horacio observaba con indignación que odiamos a la virtud, mientras está presente, para llorarla cuando ha desaparecido. Pero con todo, felices los pueblos que tienen figuras excelsas a las cuales rendir póstumo homenaje! ¡Felices cuando no se vuelven olvidadizos ni desdennan el culto de sus héroes! Colombia ha venido ce-

lebrando con unánimes demostraciones de admiración y respeto las fechas centenarias de muchos de sus hijos ilustres, desdeñando todo aquello que pueda dividir y reuniendo en un haz todos los rasgos luminosos que hicieron de esos hombres dignos exponentes del carácter nacional. Es tarea noble y cristiana. Habiendo en el mundo tantos motivos de discordia, es justo buscar aquellos puntos en donde puedan mostrarse acordes las voluntades; ¿y qué campo mejor y más propicio que el culto de los muertos? Hoy le toca el turno a un hombre que fue un gran luchador, un servidor irrevocable de una causa política y que fue también un gran patriota, un insigne colombiano; una de las figuras más brillantes con que se ha honrado nuestra democracia. Muchos mantenemos encendida deante de su memoria la lámpara del afecto y de la gratitud; sin pretender hacer de él apologías que saquen su figura de los límites de nuestra pobre condición humana, sujeta a marchar entre alternativas de luz y de sombras; entre elaciones victoriosas que recuerdan su origen superior y desfallecimientos que no permiten olvidar que fue formada con barro de la tierra. Pero Holguín fue un hombre de fe y de convicciones, y al finalizar su carrera, no hubiera dicho como Augusto: he representado bien mi papel; en cambio sí hubiera podido afirmar: he sido fiel a lo que he juzgado bueno y útil para la patria.

En nombre de esa patria que representais dignamente, recibis hoy, Excelentísimo señor, el retrato de Holguín y lo acogéis con una gallardía que honra tanto al festejado como a vos. Paréceme que os saluda la egregia sombra del muerto, mientras os doy las gracias en nombre de los vivos.

No era mi opaca voz la que hubiera debido levantarse en este día y en este sitio, sino la grave y solemne llena de unción religiosa y de elevación espiritual, de Hernando Holguín y Caro. Esa hubiera sido la

voz de la sangre, el eco de la elocuencia paternal. No lo quiso así el cielo que en sus inescrutables designios, hirió a la patria en una de sus fibras más delicadas, paralizándolo aquel corazón que solo latió para el bien. Considero que el mejor broche que puedo escoger para cerrar esta desallñada oración, consiste en presentar unidos esos dos nombres y esos dos recuerdos y ofrecerlos como un alto ejemplo y como una noble enseñanza para la juventud que ahora se inicia en el servicio de la República.

## ORACION FUNE BRE DEL DOCTOR CARLOS HOLGUIN

POR MONSEÑOR CARLOS CORTES LEE (I)

» *Vanitas vanitatum et omnia vanitas*».—ECLÉS.

Vanidad de vanidades y todo vanidad, dice el sabio. Y si en todo tiempo se verifica esta sentencia sagrada, jamás resplandece con tanta claridad, ni impresiona el ánimo tan hondamente como en ocasiones semejantes a la que hoy nos congrega en este lugar. El poder, la grandeza, la gloria, el saber que se juntan en la vida de un varón ilustre, todo se ve reducido a humo y anonadado por la mano de la muerte. De todo eso no queda más que un puñado de ceniza y una memoria que, por más gloriosa que sea, está también destinada a oscurecerse y a pasar, como pasa el tiempo, siempre breve porque tiene fin. Inerte está ya la mano que no ha mucho gobernaba el timón del Estado, muda aquella acendrada y viril elocuencia que, severa, vibraba en las asambleas populares y poseía el mágico poder de enseñorearse de los entendimientos y calmar a su antojo las pasiones; desapareció como una sombra aque-

(I) Esta oración no fue pronunciada y se publica hoy por primera vez.